

Sobre: *La enumeración. Narradores, poetas, diaristas y autobiógrafos*, de Nora Avaro. Rosario: Nube Negra, 2016.

✉ EMILIANO RODRÍGUEZ MONTIEL / Universidad Nacional del Litoral – CONICET  
emiliano.r@conicet.gov.ar

### La pregunta inventada

Hay lectores de problemas y hay lectores de procedimientos. Devenidos críticos, los primeros arman corpus de autores o de literaturas para explorar y analizar el problema (teórico, temático, formal, etc.) detectado. Establecen sistemas de correspondencias, cotejan tradiciones, evidencian semejanzas y diferencias estéticas, eligen marcos teóricos, crean categorías, historizan en etapas y formulan un estado actual del problema que los reúne. El giro animal, el giro etnográfico, las literaturas posautónomas, los análisis por géneros (viajes, policial, fantástico, etc.) o por temas (el dinero, el trabajo, etc.), los estudios en torno a la inespecificidad e impersonalidad en el arte, son algunos ejemplos de este *modus operandi*. Los segundos, más austeros, toman por vez a un solo autor, a una sola máquina literaria, y la desarman con inteligente paciencia para examinar sus partes. A diferencia de los primeros —llamémosles críticos problemáticos—, los críticos procedimentales no hayan su impulso lector en dar cuenta de por qué un número estimado de escrituras contemporáneas coinciden estética o teóricamente, sino en saber *cómo se hizo eso*. A partir de qué procedimiento, recursos, piezas, elecciones y abandonos, se escribió tal novela o tal poema. *La enumeración* de Nora Avaro es a tal punto ejemplo de este segundo grupo que, si no sé por qué exigencia curricular extraña, las carreras de Letras de nuestro país estuvieran obligadas a impartir una materia que enseñara tal quehacer crítico, el libro de Avaro sería su manifiesto, el texto obligatorio que inauguraría el programa, el punto donde las demás unidades indefectiblemente pivotarían.

*Cómo hicieron* Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Alejandra Pizarnik, Alan Pauls, Idea Vilariño, Hebe Uhart, María Moreno, Marosa Di Giorgio, Gabriela Saccone, Sergio Raimondi, Cecilia Muruaga, Pablo Pérez, César Aira, Salvador Benesdra, Jorge Baron Biza, Darío Canton y Carlos Mastronardi para escribir aquello que se leyó. *Cómo hicieron*, además, para generar lo que Nora Avaro leyó. La pesquisa es, en este sentido, doble: la pregunta gira en torno no solamente

sobre los engranajes constitutivos de lo escrito sino, sobre todo, alrededor de la experiencia de lectura. Como si todos los autores nombrados hubieran sido citados al diván, Avaro subvierte el clásico «hable» de la terapia freudiana por el imperativo «conteste»: *conteste todas las preguntas que me hice cuando leí lo que usted escribió*.

La pregunta en voz alta es, en efecto, un tropo privilegiado de la escritura de Avaro: «Me pregunto cómo desaparece, cómo gestiona sus técnicas de fuga sin resignar los buenos modales» (sobre César Aira:141); «¿Qué?, me preguntaba esa noche, aunque debido a la turbación, y también al vino de más, no llegaba a formularlo por completo» (sobre Cecilia Muruaga:101-104); «Quiero hacer ahora, y para terminar, una serie de preguntas muy básica y muy equívoca, y hasta vergonzante» (sobre María Moreno:47); «*Medio cumpleaños* es un gran título (...) pero ¿qué significa? ¿A dónde nos lleva?, ¿qué poesía inaugura?, ¿está bien hacerle las mismas preguntas que a *Desenvolvimiento*?» (sobre Gabriela Saccone:59); «La pregunta no es ya qué es la poesía, cuál es su naturaleza, cuál es su mito, sino cómo funciona, con qué materiales, con qué herramientas, con qué procedimientos, cómo representa, qué trafica, a quién sirve» (sobre Sergio Raimondi:92).

Las preguntas iluminan, en ciertos casos, desde la orilla la obra leída. Son preguntas tangenciales, de borde, escritas con lápiz al costado del papel. Como centinelas acompañan lo escrito insinuando al mismo tiempo que bajo sus espaldas se esconde una puerta de emergencia, un conducto secreto, que conduce al palacio principal. Son los casos de la enumeración como imaginación razonada en Borges, la imaginación débil, «controlada», en los poemas de Ocampo, el inventario «rápido y reiterativo» de los últimos días de un seropositivo en Pablo Pérez y la actitud enciclopédica, «alerta y gentil» de Uhart como cronista.

En otros apartados, en cambio, las preguntas atraviesan por entero la columna vertebral de lo escrito. Acá las preguntas no se cuelan como espías sino que ingresan por la puerta grande, con las llaves de la obra en mano. Son los capítulos dedicados a la poesía de Gabriela Saccone y la frase de Alan Pauls. Es de destacar la importancia de este último texto, la agudeza crítica con la que contribuye al conocimiento del autor en unas pocas páginas. Las notas sobre su modernismo y «anacronismo atrevido», el análisis de su «propulsión fraseológica» y la postulación de Pauls no como narrador sino como estilista (la supremacía del *cómo* por sobre la del *qué*), trazan la ruta principal por la cual se llega al universo literario paulsiano.

*Para merecer la realidad hay que inventarla* reza Nora Avaro. La pregunta, pareciera, es el modo en que esta crítica procedimental inventa la suya.